
Recuerdos del maestro Alfredo Correa Henao

Crónica de la medicina antioqueña en la década del cuarenta

TIBERIO ÁLVAREZ

PALABRAS CLAVE

*HISTORIA DE LA MEDICINA
ALFREDO CORREA HENAO*

I.

Cuando estudié la cátedra de Patología en 1963 hacía 19 años que funcionaba el Instituto de Anatomía Patológica. Su fundador, el doctor Alfredo Correa Henao, todavía activo, mostraba su sapiencia en las actividades docentes y asistenciales. Fue un gran honor recibir clases del Maestro aunque con cierta dosis de terror porque esa materia era considerada uno de los cedazos en la escalera para alcanzar el título de médico. ¡Ay del que cayera! El Instituto tenía sede propia dentro del Hospital San Vicente de Paúl, con amplios pasadizos, corredores, oficinas y muros donde colgaban dibujos relacionados con la patología. También fotografías y caricaturas de profesores y alumnos. En el segundo piso, en el extremo opuesto al anfiteatro recibíamos las clases, casi al aire libre. Allí nos habló el Maestro de la sífilis y como gustaba tanto de la historia nos recordó sus pormenores. Por ejemplo, que las mujeres seguían a los soldados y se acostaban con ellos después de las

batallas y “así se propagaba este mal, llamado gálico, napolitano o americano” y agregaba con tímida sonrisa, que terminaba en carcajada estudiantil, “esas mujeres iban con la coquita en la mano”.

Las prácticas las hacíamos en el salón de los microscopios, en el museo de los “niños enfrascados” y, sobre todo, en el anfiteatro construido con características medievales, especie de herradura con escalones y bancas donde en silencio y orden se acomodaban los asistentes. Los mayores en dignidad y gobierno ocupaban la barrera, cerca al ceremonial, mientras los demás tomábamos asiento arriba, cerca al techo, que es precisamente el anfiteatro, donde se observa de lejos, se ríe de algún chiste y sobre todo hay menos formol y hedor de

DOCTOR TIBERIO ÁLVAREZ ECHEVERRI, Anestesiólogo y Tanatólogo, Profesor, Facultad de Medicina, Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

muerte. Abajo, en el pequeño espacio cuadrado estaban la fría mesa metálica y su lavatorio. Allí el Maestro o uno de los patólogos, todos brillantes, señalaba, describía, interpretaba, deducía y preguntaba sobre el espécimen e historia clínica en cuestión o sobre la preparación microscópica que se proyectaba en un aparato amplificador de la imagen. En los momentos cumbres reinaba el silencio sepulcral que exigían el ritual, la sabiduría y el famoso Cristo de Patología, una pintura de Cristo cadáver colocada encima del dintel de entrada al altar de los sacrificios. Sólo se escuchaban las voces que preguntaban o respondían.

El Instituto, decía el Maestro, "fue inaugurado en 1951 después de luchas y promesas olvidadas...quedó magnífico, especialmente el anfiteatro...yo me detengo a contemplarlo cada que paso. El museo quedó muy amplio y bien presentado. Estamos muy contentos por esta parte pero en cuanto a rendimiento científico, cada vez más mal. El trabajo aumenta, yo poco hago y Pelayo tiene buena parte de su tiempo en La María. La mies es grande y los segadores pocos. No sé de quien será esta frase pero Tu que estás en medio de bíblicos lo averiguarás más fácil. El auditorium de la Facultad quedó bueno; muy teatro, pero en fin, oscuro y fresco. El sábado daremos allí el primer CPC..." (Carta a Luis Carlos Restrepo octubre 19 de 1951).

La Conferencia de Patología Clínica o CPC la fundó el Maestro el 24 de febrero de 1944. Fue la primera de su índole en Colombia. Se realizaba religiosamente todos los sábados a las 8 de la mañana. Era una actividad académica extraordinaria que comenzaba días antes con la selección del caso clínico o quirúrgico y del médico protagonista, la repartición de la historia en hoja mimeografiada a cargo de Eduardo, el Asistente. Al CPC asistían los profesores, los estudiantes y muchos médicos de la ciudad. Todos tenían la oportunidad de terciar en el debate. Esta actividad tenía el propósito de integrar los conocimientos teóricos con la aplicación clínica, establecer la correlación

clínico patológica y analizar los datos clínicos de cada historia. (Restrepo Acevedo Carlos. Papel de la Conferencia Clínico Patológica en la Educación Médica Colombiana. Editorial. Antioquia Médica 1969;19:293-98).

II.

El Maestro Correa Henao nació en Sonsón en 1903. Cuando pequeño se destacó en aprendizajes, diseño de cosas manuales y dibujos de héroes y heroínas. Así ganó "El premio al mejor retrato de La Pola...niño de pocos años en quien se manifiestan marcadas disposiciones para tales producciones de belleza" como se lee en el periódico El Popular de Sonsón. Su hermana Lucía, eterna secretaria de 23 decanos de Medicina decía que "le gustaba tallar la madera y mantenía los bolsillos llenos de juguetes que él mismo fabricaba...era más bien solitario... más tarde, como no tenía dibujos ni esquemas, él mismo los hacía para dictar las clases a los estudiantes de medicina...". Correa Henao estudió primero en la Escuela de Minas pero luego se cambió para la de Medicina donde casi le dicen adiós por haber perdido Química Biológica. Quizá esto le creó cierta leyenda negra pues decían las malas lenguas que si Alfredo ganaba era porque habían ganado todos. "Bastaba preguntar por su nota". No obstante lo "quedado que era" y de ver la vida por un solo ojo pues el otro se lo dañó un toro, ganó el concurso como Preparador de Parasitología. Así escribía en su Diario de 1927. "...en las primeras clases se explicó el microscopio y se enseñó su manejo a cada uno de los alumnos. Se enseñó a recoger los diversos productos infectados para hacer los exámenes. A extender la sangre y a colorearla por el método de Leihman y Giemsa... y en la linfa se mostró y enseñó a colorear por el método de Fontana Tribondeau..." También fue Preparador de Histología, Práctica Clínica Sifilográfica, Anatomía Patológica y profesor de Dibujo Médico. El Maestro siempre estuvo cerca del microscopio aparato que conoció cuando era estudiante en la escuela de su pueblo donde lo llevó por vez prime-

ra el doctor Alonso Restrepo Moreno, otro médico andariego por los vericuetos de las preparaciones, las disecciones, las coloraciones y los informes y quien llegó a ser escritor y decano de la facultad. De él escribía Correa Henao: "Tuve la fortuna y el privilegio, compartido con mi amigo Alfonso Jaramillo Arango, de ser el discípulo amado de este insigne maestro. Desde la iniciación de nuestra carrera nos acogió en su laboratorio particular y en constante y amistoso trato fue entregándonos de su acervo inagotable de conocimientos todo lo que nuestra inquietud apetecía..."

El Maestro se graduó de médico en la Universidad de Antioquia en 1930 con la tesis "Hemograma" que fue laureada. Por eso, cuando lo buscaban para que firmara un diploma de médico, añadía al autógrafo el famoso *Cum Laude*. Al poco tiempo de graduado publicó su investigación "Contribución al estudio de las micosis en Antioquia". Después, con la colaboración de la Fundación Rockefeller, investigó la fiebre amarilla en la Sección de Estudios Especiales del Ministerio de Salud. Se lee en su diario: "Salgo de San José de Suaita a las 6.30 a.m. en un bus del ferrocarril del norte...en la estación de La Capilla no encuentro ningún vehículo que me conduzca a Puente Nacional y hago el recorrido a pie, contratando a dos muchachos para que me lleven la carga... a las tres de la tarde se aparecen dos familias que abandonan la región por temor a la fiebre; una de ellas trae a un joven de quince años, Octaviano Zárate, que presenta 40,5 grados de temperatura bucal, lo examino y encuentro un hígado un poco hipertrofiado y sensible a la presión, el bazo percutible, la lengua saburral, no ha tenido vómito, orina bien, no presenta tinte subictérico. Tomo la dirección de la casa y advierto que es necesario vigilarlo y que si otra cosa se presentara o muriere me avisen inmediatamente.." (Diario Personal. Investigación de Jaime Molina. Este persona, según cuenta el doctor Mario Robledo, consiguió mucha documentación del Maestro entre ella el diario personal con el propósito de publicar su biografía pero se perdió y no se volvió a saber de ella y de sus retazos de historias ajenas).

Por varios años trabajó en la Compañía Pato Gold Mines de Zaragoza, la que le patrocinó los estudios en Estados Unidos hasta que en 1944 el doctor Hernán Posada González, decano de la Facultad de Medicina, lo llamó para que organizara la cátedra de Patología nombrándolo como el primer profesor de tiempo completo y dedicación exclusiva que tuvo la Facultad, con sueldo de \$ 600.00 mensuales, "Mi querido Alfredo: Usted es el hombre para iniciar el Servicio de Anatomía Patológica...todo depende de usted. Naturalmente a este respecto la Universidad no puede entrar en competencia con las Minas de Pato, pero como no sólo de pan vive el hombre...véngase pues...". La respuesta del Maestro no se hizo esperar: "...siempre ha sido uno de mis ideales volver a la Escuela de Medicina a trabajar en asuntos de mi goma, y aun sin perspectiva de nombramiento dediqué mi tiempo en John Hopkins a tomar un curso de patología, matriculado con los estudiantes de la escuela, que bajo la dirección del profesor Mac Callum, se dicta allí durante seis meses...allí me acordaba constantemente de nuestra Escuela y al hacer un balance científico de ella la encontraba sin activo porque nuestra Escuela ha sido individual y ha desaparecido con el que la posee..."

III.

La primera investigación del Instituto, dirigida por el Maestro, fue la apendicitis crónica, realizada por el doctor Hernando Vélez Rojas, donde menciona por primera vez en la literatura dos casos de apendicitis debidos al *Ballantidium colli*. Vélez Rojas dice que "fui un aparecido privilegiado en ese Instituto. Allí me tocó el cambio de la medicina francesa, muy clínica por cierto y que originaba grandes debates, a la medicina norteamericana, más científica y concreta. Conocí de cerca las ejecutorias del Maestro y sobre todo su trabajo "Hemograma" que realizó con el doctor Alonso Restrepo Moreno en el Laboratorio Clínico del Municipio. Me llamaba la atención que pintaba los parásitos en platos de porcelana. Existía gran organización y estaba acompañado de personal seleccionado. Medellín

apenas tenía 300.000 habitantes. En el trabajo mencionado presenté el estudio de 634 apendectomías donde 26% eran sanas, 41% crónicas, 25% agudas y 8% subclínicas. Desde entonces se hizo obligatorio el estudio histopatológico de cada espécimen...”

Un aspecto interesante en cuanto al uso de medios didácticos fue la implementación de la fotografía médica. El decano de entonces, el doctor Oriol Arango Mejía, recuerda que al regreso de sus estudios en Estados Unidos, donde se encariñó con la fotografía, animó al Maestro para establecer la oficina de Ilustración Médica. “con los \$1.500.00 de una donación compramos un equipo completo de fotografía marca Leika de alguien que se iba para Alemania. Para dirigirla llamamos a mi compañero de bachillerato, muy pobre, Diego García (DIGAR), aficionado a la fotografía. El montaje lo hicimos en uno de los sótanos de Pensionado cuyo piso tenía la característica de inclinarse hacia el lado izquierdo por la mañana y al derecho por la tarde. Esta oficina de Ilustración Médica se trasladó después para el Instituto. Sirvió para documentar lo relacionado con la patología incluyendo retratos, eventos y especímenes y para ilustrar sobre la Facultad y el Hospital. Buena parte de la iconografía médica de los años cincuenta y sesenta se debe a Digar...”

IV.

El Maestro formó un equipo humano de connotados personajes. Uno de ellos, el doctor Emilio Bojanini Nize, recuerda que en 1944 cuando cursaba tercer año de medicina, el profesor de la materia era el oftalmólogo Delio Escobar quien no tenía “ni veniales” de patología. Cuando llegó Correa Henao “nos animó tanto sobre el estudio de la patología que después del curso me presenté como Monitor. Ya lo era el doctor Oscar Duque Hernández. Además estaban los doctores Marín, que se dedicó a la oftalmología, Jorge Mora que viajó a Estados Unidos y Aquileo Asmar, patólogo autodidacta que

se fue para Manizales. No encontraron eco para quedarse con Correa Henao y se fueron. El Maestro hizo lo posible para que sus alumnos se especializaran en Estados Unidos y luego, al regresar, se dedicaran de tiempo completo a la docencia. El establecimiento del Instituto coincidió con los cambios que se dieron en los estudios de la Facultad de Medicina durante 1944 y 1945, cambios que incluyeron los de los autores y textos franceses por los norteamericanos. La ciencia empezaba a hablar inglés. En el caso de la patología interna y externa, de Boy, que tenía una hermosa prosa didáctica se cambió a una más escueta y precisa. Con esta organización los estudiantes tenían una explicación a los porqués de los signos y los síntomas. Otro cambio importante en la facultad se dio cuando las materias fueron enseñadas por semestres o en bloques lo que permitió un mejor aprovechamiento del tiempo y mayores aprendizajes. Poco a poco los médicos recién graduados tuvieron éxito en los exámenes del *Council* que les abrían las puertas para estudiar en el exterior. Como el director de la Fundación Kellogg era amigo del Maestro éste escogía o señalaba a los profesionales de acuerdo con las necesidades. Todo esto permitió que se alcanzara esa época de gran prestigio de la Facultad en la década del sesenta. El Instituto adquirió fama sobre todo en el ámbito latinoamericano lo que posibilitó la venida de varios profesores como Cervera de Argentina, Leocadio Peña de Ecuador, y Saúl Delgado de México.

Cuando Correa Henao se inició como patólogo sólo existía otro en Bogotá, el doctor Sánchez Herrera. Como parte del estudio el Maestro inició las autopsias de los pacientes fallecidos en el Hospital a costa de grandes riesgos personales en una época en que los familiares no permitían que abrieran a sus deudos. Como la morgue sólo tenía una puerta era factible un encuentro “casual” con estas personas. Así ocurrió cuando se hizo la autopsia en los bajos de Pensionado a un hombre de gran talla apodado la “República” que obligó a los

autopsiadores a esconderse en cajas de cartón mientras los familiares rastrillaban los machetes contra el piso de cemento. La solución consistió en meter el cadáver en una caja de nevera para enfriar el caso y trasladarlo como si fuera tal aparato. Se realizaban hasta 240 autopsias por año. Hoy en día, en el mundo, ha disminuido su frecuencia debido al avance de otros medios diagnósticos.

V.

Otro Maestro, brillante y sabio, exdecano y promotor de las especializaciones médicas es el doctor Oscar Duque Hernández quien recuerda los inicios del Instituto. "Esos recuerdos reflejan lo grande que fue la Escuela de Medicina que de ser poco respetable y conocida pasó, gracias a los estudios y comprobaciones patológicas, a tener asidero científico. En la cátedra de histología de la vieja escuela fue nuestro profesor el doctor Roldán, hombre apacible que iniciaba la clase diciendo que no sabía nada pero que tenía que enseñar. Trazaba un círculo en el tablero y decía que era la célula. Después pintaba otro más pequeño, por fuera del anterior y agregaba que era el núcleo. El Preparador era el doctor Marín quien después se dedicó a la oftalmología quien nos mostraba placas y nos obligaba a leer un texto en francés. En Patología nos enseñaron, antes del Maestro, los doctores Delio Escobar quien había estudiado Órganos de los Sentidos en Montpellier y Arango, un médico de Abejorral que estudió en París lo relacionado con la aplicación del radium. Este último duró poco en la docencia. El primero nos decía con franqueza: bueno, yo no sé mayor cosa de patología, pero en fin, vamos a ver... Los aprendizajes en esa época eran memorísticos. Las placas las estudiábamos por sus características externas. Después de la Segunda Guerra Mundial vino la transición en los estudios médicos donde tuvo importancia el Maestro quien inculcó la pasión por la morfología y el estudio de la lesión todo lo cual se engrandeció al ampliarse el concepto clínico de la medicina fran-

cesa con el anglosajón que incluía el estudio bioquímico y microscópico. De allí el nombre de Anatomía Patológica que involucraba la morfología, la clínica y la etiopatogenia. También tuve la oportunidad de estudiar en Estados Unidos. Al regreso me dediqué de lleno a la docencia y a la investigación. Así se conformó un buen grupo de profesores, se iniciaron investigaciones, y se constituyó la biblioteca especializada. Quizá por ser el centro de la manifestación científica nos volvimos exigentes con los estudiantes y por eso para ellos la patología se convirtió en un *coco*. Hubo además roces entre los viejos y los nuevos profesores que representaban, cada uno, las escuelas médicas francesa y norteamericana.

VI.

Con el paso de los años la patología auspició el estudio de las ciencias forenses campo en el que ha descollado el doctor César Augusto Giraldo, alumno en los últimos tiempos del Maestro. "Llegué a Patología en 1963 cuando el jefe era el doctor Duque Hernández. Nuestro contacto con el Maestro fue esporádico por su enfermedad pero recuerdo sus clases de leucemia y sífilis. Como Monitor tenía la tarea de "cortar" el material quirúrgico los sábados después del CPC. También recuerdo sus enseñanzas íntimas y sus anécdotas como aquella de Baraya: después de practicarle la autopsia a este individuo se asomó el Maestro a la ventana para otear el horizonte y vio a dos personas sospechosas. El Maestro pensó que eran familiares que venían en plan de venganza. Como escapatoria se le ocurrió salir rezando el rosario con una camándula en los dedos, rosario que terminó más rápido cuando supo que los tales sujetos venían a pagarle un dinero. Después de cierto tiempo me interesé por ser médico legista, campo poco conocido en el medio donde en son de chiste se decía que legista era el que hacía la autopsia de lejos. Para reconocer su importancia fue necesario tocar muchas puertas para pedir ayuda. Personas

como los doctores Ignacio Vélez Escobar y Víctor Cárdenas Jaramillo entendieron la importancia de establecer estos estudios. Gracias a ellos y al doctor Emilio Bojanini Nize se logró esta actividad. Antes la medicina legal tenía mucho de folclórica. De allí la necesidad de darle base científica. Claro que hubo médicos legistas como los doctores Germán Díaz López y Julio Ortiz Velásquez quien escribió sobre accidentes cerebrovasculares y también sobre el accidente de Gardel, historia que hizo por entregas periódicas. Lo apodaban "Clarín".

EPÍLOGO

El doctor Alfredo Correa Henao fue Maestro y pionero del cambio hacia la medicina científica antioqueña. Presidente de la Academia de Medicina de Medellín y autor de su emblema donde combina los aspectos de la medicina clásica con los de la indígena. Fue uno de los fundadores de La casa de los Abuelos, de Sonsón. Estudioso de la obra literaria de Tomás Carrasquilla así como del significado de las palabras de las cuales clasificó 20.000.

También de epitafios y tatuajes. Coleccionó libros de literatura costumbrista que contienen amplias anotaciones marginales. Según su hijo médi-

co Alberto: "Dormía pocas horas, leía en demasía y siempre mantenía un microscopio a la mano".

ADDENDUM

Esta crónica se explica por los recuerdos personales, las lecturas de viejas páginas, algunas entrevistas y sobre todo por la revisión de las anotaciones logradas en la celebración en 1994 de los cincuenta años de fundación del Instituto de Anatomía Patológica, cuando el mismo Instituto, la Academia de Medicina de Medellín y la Sociedad Antioqueña de Historia de la Medicina se unieron para esta celebración. Entre los oferentes en la sesión del 4 de marzo de 1994 en la Academia de Medicina figuran los doctores Benjamín Mejía Cálad, Hernando Vélez Rojas, Oriol Arango Mejía, Jorge Emilio Restrepo, Mario Robledo Villegas y Alberto Echavarría. En la sesión del 7 de abril de 1994 de la Sociedad Antioqueña de Historia de la Medicina figuran los doctores Emilio Bojanini Nize, Oscar Duque Hernández, César Augusto Giraldo, Roberto López Campo, Alberto Betancur Arango, Alberto Correa y el presbítero Juan Botero.
